

«Me engañan, me engañan;
las avencitas de enero
a golpear en mis cristales
sus amorosos cantos vinieron.

Por favor, luz de mi vida,
no me dejes un momento,
que sólo el bien de tus ojos
contra mis angustias tengo...»

La poesía Núm. XXIV, encierra un pensamiento amable y luego, una amargura terrible.

El número XXV, que pudiera bien llamarse: *Para siempre*, posee de *Invicta*, la fibra de energía invencible que en cosas del arte, ostenta la poetisa:

«Aunque los agudos dardos
me claves de tus desdenes
de tu luz seré la sombra
para siempre, dueño mío, para siempre.

Y aunque una herida me abras
a cada paso que sigo,
mi vida irá con la tuya
para siempre, para siempre, dueño mío.

Ve no más como un fantasma
tras el supremo deleite
del amor y de la gloria,
para siempre, dueño mío, para siempre.

Que después que te hayas muerto,
yo me volveré al olvido,
y te guardarán mis brazos
para siempre, para siempre, dueño mío.»

¡Esto es bellísimo, sentidísimo, para qué decirlo! Hay aquí algo de la melancolía suprema que acompaña al vocablo «eterno». Ese «para siempre, para siempre, dueño mío», suena como el compás de una *berceuse* infinita, eterna, que mientras exista la mujer, repetirá en coro invisible el corazón secreto.

La poesía XXVIII es un canto flébil, en el cual el corazón de una esposa amorosísima no correspondida, vierte en el ánfora de la poesía, sus amargas tristezas. No sin experimentar honda emoción se leen estos versos, bellos entre los bellos:

«Como chispas escapadas a algún astro
que en la noche moribunda se perdieran,
de mi boca, sol de amores,
encendido en tus pupilas cenicientas,
van los besos a morir de tus cabellos
en la honda noche negra.
Mas tú sigues inconsciente como el pico de las rocas
que las aguas acarician con sus olas plañideras...
Como el lago en que doblado
llora un sauce sus cadencias...
Como el ave fugitiva
por quien llaman desde el nido las nostálgicas endechas;
más tú sigues por la luz y por la sombra
por el duelo y por el fausto de tu senda,
inconsciente de los lauros
o el consuelo que te llevan
esos hijos infelices
engendrados en las horas de mis penas
.....

Como chispas escapadas a algún astro
que en la vida moribundas se perdieran,

de mi boca, sol de amores,
encendido en tus pupilas cenicientas,
van los besos a morir de tus cabellos
en la vasta noche negra...»

La misma Eva, de quien adivinamos el gran pesar, pudo escribir estos versos de profundo espíritu lírico:

«Toda la nieve, toda la nieve de un polo eterno
siento en el pobre corazón mío,
grande y oscuro como el invierno,
como el invierno triste y sombrío...

Pesan las penas
sobre mi alma triste y doliente,
sobre mi vida pesan las horas de angustia llenas...» (1)

Dos retratos sugestivos y bellos del ideal bien amado aparecen en los versos XIX y XXVI:

«Grises como las brumas del otoño
son los ojos que tiene el dueño mío;
hay algo en ellos, algo
melancólicamente sugestivo...»

El otro es fácil y fluído, ático en su sencillez y dulcemente hondo en la idea:

«Era su canto melodioso y lento,
era lleno de luz su pensamiento,
su faz de soñador extraña y bella,
y admiré su primor con la tranquila
beatitud de una lánguida pupila
que ve pasar una lejana estrella.»

Diríase esta descripción en estilo noble y bello, el retrato de Marco Aurelio por Taine.

¡Qué divina visión de un amor intenso, poético e ideal proyectan estas estrofas! Cantan a ese bien amado o amada con que todos soñamos, mientras la sincera diosa Juventud besa nuestras frentes ardorosas, pero rara vez despierta de su sueño en la selva encantada, ese príncipe o princesa:

«En el deslumbramiento de mi vida
por largo tiempo quedaré vencida,
contemplativa, silenciosa y quieta;
mientras que el oro electo de mi alma
irá a posarse a modo de una palma
en su lírica frente de poeta.»

Todo un drama del inquieto corazón representan esas líneas sinceras. Del fondo de un alma es ese grito, por ello es tan hermoso y tan sentido. Cuando intentan mostrar su amor y simpatía ciertas almas, para quienes algo significa la vida interior, y no se ven correspondidas, les asalta indecible amargura, y luego con la calma viene un recuerdo sereno, de una dicha, única que hace olvidar casi por completo el desengaño. Algo de este sentimiento sutil y complejo, existe en la postrer estrofa.

De la dulce calma de los versos anteriores, pasamos a la inquietud devoradora de un corazón que ama delirante:

«¡Cómo baten, cómo baten sin cesar sus negras alas
de tus grandes ojos bellos las inquietas mariposas,

(1) Poesía número XXX.